

por mí no tenga la inquietud más leve;
á mis pesares Dios hoy pondrá coto,
y ambos tendremos libertad en breve.
¿Tú no te olvidarás desde este día
de tu Gabriel?

DOÑA AURORA

Jamás. ¿Eso preguntas?
Juntas caminarán nuestras dos vidas;
nuestras almas á Dios subirán juntas.

GABRIEL

Sí; ni la muerte las podrá un instante
mantener una de otra divididas.

DOÑA AURORA

¡Dios! ¿A qué mientas la muerte ahora?

DON RODRIGO

Ya está aquí el capitán.

GABRIEL

Silencio, Aurora.

ESCENA IX

DOÑA AURORA, D. RODRIGO, GABRIEL
y D. CÉSAR

GABRIEL

¡Hola! Sed, capitán, muy bien venido.
Voy muy pronto á emprender un largo
[viaje,
y un encargo dejaros he querido....

DON CÉSAR

¡Un viaje!

GABRIEL

Sí, estoy libre: me parece
que el portador de la orden habéis sido.

DON CÉSAR

(¡Ay de mí! La infeliz aun nada sabe.)

GABRIEL

Decidme, capitán, ¿habéis traído
un pliego de Madrid?

DON CÉSAR

Tomadle.

GABRIEL

Bueno;
guardadle por ahora. En esa carta,
de un gran misterio encontraréis la llave.
(Á D. Rodrigo.)

Vos sois algo curioso, y no me fio
de vos; sois padre y juez: os la confío,
capitán, sólo á vos. Cuando yo parta,
dádsela á vuestro padre y que la lea.
¿Me entendéis? Cuando parta: que no sea
ni un solo minuto antes.

DON CÉSAR

Os lo juro.

GABRIEL

Vuestra palabra sola es buen seguro.
Además, por si acaso no volvemos
á vernos, pues yo parto con Aurora
del mundo terrenal á otros extremos,
quiero un regalo haceros, en memoria
de nuestro buen encuentro en esta vida,
que os será complemento de mi historia
y prenda de amistad y despedida.

(Gabriel saca del pecho un relicario que lleva al cuello
con una cadena.)

DON RODRIGO

(Esa calma satánica me aterra.)

DOÑA AURORA

(Tiemblo no sé por qué.)

DON CÉSAR

(No es ser humano
quien así se despide de la tierra.)

GABRIEL

Tomad. Es, capitán, un amuleto
sagrado; don del Papa: un relicario
que un *lignum crucis* venerando encierra,
y guarda, como el pliego, otro secreto.
Con el respeto mismo que á un sagrario
contempladle, y lo mismo que la carta,
se le daréis al juez.... cuando yo parta.

(Á D. Rodrigo.)

Abridle sólo vos: es mi conciencia,
y Dios sólo con vos sondarla debe;
en ella echad una ojeada breve
y reconoceréis la omnipotencia.
(Mas si un soplo hay en vos de fe cristia-
esperad á que muera, Santillana.) [na,
¡Eal! Ya que se acerca mi partida,
escuchad, señor juez, el cuento extraño
que queríais saber, y ¡por mi vida,
que oiréis una historia divertida!

DON RODRIGO

(Yo tiemblo.)

GABRIEL

Oidme, pues. La escena pasa,
no importa el día, la estación ni el año,
de noche, en Setubal, y en una casa.

DON RODRIGO

(¡Cielos!)

GABRIEL

Temblando estáis, si no me engaño,
Santillana.

DON RODRIGO

Seguid.

GABRIEL

Enhorabuena.

En una alcoba cómoda, alumbrada
por una lamparilla perfumada
con asiático aroma, bien ajena
el alma de inquietud, y bien guardado
por leales domésticos, el dueño
de aquella rica estancia, descuidado
yacía en brazos de agradable sueño.
Era un hombre harto noble y poderoso
para que no tuviera por asilo
muy seguro su casa, y al reposo
se entregaba en su cámara tranquilo.
Una noche creyó, sobresaltado,
á pesar de lo doble de la alfombra,
pasos del lecho percibir al lado;
abrió los ojos y miró espantado
trazarse en la pared movable sombra;
volvió la faz, y con la faz de seda
se tropezó de un hombre enmascarado.
¡Frío quedó como el cadáver queda!
«Levantaos», le dijo con acento

imperioso el incógnito; y vistióse
la bata que él le daba. «A ese aposento
salid.» Obedeció, y enfrente hallóse
de dos hombres plantados á la puerta,
una dama como ellos encubierta,
y un sacerdote pálido, y tenaces
sintió pesar sobre su frente yerta
las miradas ardientes y voraces
lanzadas á su frente descubierta
á través de los negros antifaces.
Entonces, de estos hombres el primero,
de la sombría dama el velo alzando,
«¿la conocéis?», le dijo; y él, temblando,
«sí», respondió. «Pues bien, sed caballe-
repuso el disfrazado; y avanzando, ro»,
el grave sacerdote se dispuso
á unirle con la dama en matrimonio,
mientras el de la máscara se puso
á escribir en silencio el testimonio.
El despertado resistirse quiso;
pero su daga el disfrazado al pecho
le presentó, y ceder le fué preciso;
firmó, y el matrimonio quedó hecho.
Partió la dama y los demás con ella;
mas quedóse el primer enmascarado,
y dijo gravemente al despertado:
«Tenéis una mujer ilustre y bella
gracias á mí y á vuestra buena estrella,
que os hizo viudo para ser casado;
la quitasteis la honra, y habéis dado
nombre á sus hijos; mas seguid su huella,
y morís ¡os lo juro! asesinado.»
Dijo así el de la máscara, y partióse
con los demás; y de la casa el dueño,
en medio de la cámara quedóse
dudando si era realidad ó sueño.

DON RODRIGO

¡Tremenda realidad!

GABRIEL

(Apartándole á un lado.)

Sí, don Rodrigo:
la dama, doña Inés; vos, el casado.

DON RODRIGO

¿Y vos, señor?

GABRIEL

El hombre enmascarado.

DON RODRIGO

Tal vez Dios permitió....

GABRIEL

Lo habíais soñado.

DON RODRIGO

¿Y si el sueño es verdad?

GABRIEL

Silencio digo.

Que ellos no os oigan, que la faz no os

[vean;

sueño ó verdad, que sepultados sean,
con vos el sueño, la verdad conmigo.

DON RODRIGO

Pero mi alma concibe en este punto
que ese arcano fatal guardar podría
una verdad.

GABRIEL

Os dije que era asunto
concluído. Escuchadme: si yo fuera
el rey don Sebastián, morir debía
por la quietud del reino, y mi alma entera
ser mártir á ser rey preferiría.
Si soy un impostor, y perjudico
con mi existencia la quietud de España,
debo morir también; debo una hazaña
de mi impostura hacer, y sacrifico
mi vida á sostener esta patraña
que mi historia desde hoy hará famosa.
¿Me comprendéis?

DON RODRIGO

Señor, yo no me atrevo,
dudando....

GABRIEL

Ahogad la duda: morir debo,
si no por Sebastián, por Espinosa;
y deben sepultarse, don Rodrigo,
con vos el sueño, la verdad conmigo.
No lo olvidéis.

(Vuelven al centro de la escena.)

DOÑA AURORA

¿No sigues tu leyenda,
Gabriel? No está acabada.

GABRIEL

No, por cierto:
para leer su conclusión horrenda,
de vuestros ojos quitará una venda
el juez cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X

GABRIEL, D.^a AURORA, D. RODRIGO, D. CÉSAR, EL
DOCTOR N.... y alguaciles. Á la parte exterior de la
puerta, soldados. Después el verdugo.

ALGUACIL

Las seis.

GABRIEL

Partamos, pues.

DOÑA AURORA

¡Virgen María!

Gabriel, ¿que es esto?

GABRIEL

Mi destino, Aurora.

DOÑA AURORA

¡Tu destino!.... ¡Mi mente se extravía!

ALGUACIL

(Anunciando.)

El verdugo del Rey.

(Se presenta el verdugo con el dogal en la mano.)

DOÑA AURORA

¡Dios mío, ahora
lo comprendo!.... ¡Ay de mí!....

(Se desmaya en los brazos de D. César, que la coloca
en el sillón.)

DON CÉSAR

¡Miser!

GABRIEL

El día

concluye: vamos, pues me faltaría
valor para dejarla si volviera
en sí. Pronto, marchemos.

EL DOCTOR

(Á Gabriel, poniéndose á su lado.)

Vos, conmigo.

GABRIEL

Es inútil.

EL DOCTOR

Mirad....

GABRIEL

Todo es en vano.

EL DOCTOR

¿Sin confesión iréis?

GABRIEL

Ha que os lo digo
cuatro semanas ya.

EL DOCTOR

¿No sois cristiano?

GABRIEL

Porque lo soy, si á confesarme accedo,
os tendré que decir lo que no puedo.
Velad por ella, capitán: se encierra
en ella sola cuanto amé en la tierra.

DON RODRIGO

Señor

GABRIEL

No os fatiguéis: empresa es vana.
Llegó, rey ó impostor, mi último día,
y moriré cual debo, Santillana:
si impostor, con impávida osadía,
y si rey, con fiereza soberana.

(Vase, y todos tras él.)

ESCENA ÚLTIMA

DON RODRIGO, D.^a AURORA y D. CÉSAR

DON RODRIGO

A concebir mi mente no se atrevo
de la verdad el espantoso arcano.
Por ser y por no ser perecer debe,

sí; pero no mi desdichada mano
á ciegas al patíbulo le lleve.
César, dame esa joya.

DON CÉSAR

Cuando muera.

DON RODRIGO

Sepamos antes la verdad entera,
César.

DON CÉSAR

Padre, excusad vana porfia:
con su secreto perecer quería,
y he de cumplir su voluntad postrera.

DON RODRIGO

¡César!

DON CÉSAR

Se lo juré.

DOÑA AURORA

(Volviendo en sí.)

¡Ay! ¿Quién hablaba
aquí? ¿Sois vos, don César? ¡Qué terrible
pesadilla!

DON CÉSAR

(Aparte.)

¡Infeliz!

DOÑA AURORA

¡Sí, yo soñaba,
sin duda....; eran quimeras!.... Mas ¡qué
[horrible
sospecha! Ese silencio...., esa tristeza....
¿Qué sucede? ¡Ay de mí! Los pensamien-
[tos

no acierto á combinar en mi cabeza.
¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos
hace. ¿Y Gabriel, decid, dónde está ahora?
¿Dónde está? Yo he soñado que venían
por él. Mas ¡qué rumor!....

(Ruido de voces dentro: D.^a Aurora se abalanza á la
ventana, que abre, á pesar de D. César, que intenta im-
pedírselo.)

DON CÉSAR

¡Tened, Aurora;
tened, no os asoméis!

DOÑA AURORA

¡Ah! ¡Me querían
engañar!

(Se asoma.)

Allí va. Luces, soldados,
gente..... ¡Ay! Yo veo, pero no concibo
lo que veo....., me envuelve el pensamiento
una niebla, un vapor calenturiento,
y no sé comprender lo que percibo.
Allí va. Pero ¿dónde se le llevan
sin mí? Se paran..... ¡El afán me ahoga!
¿Qué palos son aquellos que se elevan
allí? ¿Quién es aquel que con él sube?
¿Qué le ponen al cuello?..... Es una soga.
¡Dios mío, rasga la sangrienta nube [te!
que me ofusca la mentel..... ¡Un sacerdo-
¡Ah, le van á matar!..... ¡Desventurados,
deteneos!..... ¡Gabriel!..... ¡Y yo, insensata,
que lo miraba estúpida! ¡Malvados,
tened!..... Las manos sin oirme le ata.

(Volviéndose de repente á D. Rodrigo.)

Pero vos, ¡miserable! que sois hombre,
venid....., gritad....., gritad....., ¡alma cobar-
connmigo..... ¡Deteneos! Santillana, [del
gritad; á mí no me oyen. ¡En el nombre
de Dios, gritad!..... Le quitan la escalera.....
Gritad.

DON RODRIGO

Sí, que se salve, aunque yo muera

(Se acerca á la ventana y grita.)

¡En el nombre del Rey.....

(Cayendo de rodillas junto á la ventana.)

¡Ay, es ya tarde!

DON CÉSAR

¡Tomad: sepamos la verdad postrera!

(Dando el relicario á D. Rodrigo. Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da D. César. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto; el pliego varios papeles. Lo primero que lee D. Rodrigo es el papel del relicario; después registra con ansia los papeles del pliego y después desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitación y ansiedad. Doña Aurora permanece unos momentos de rodillas y se acerca después al grupo que forman D. Rodrigo y D. César.)

DON RODRIGO

(Leyendo.)

«En el nombre de Dios.—Quienquier que
[fueres,

juez, sacerdote ó asesino, pena
de excomuni6n después que le leyeres,
arroja al fuego este papel. El muerto
ha sido el rey don Sebastián.»

DOÑA AURORA

¡Á buena
hora lo ves, imbécil asesino!

DON RODRIGO

(Registrando el pliego.)

Mi firma..... Una escritura..... Mi contrato
de boda.....

(Desenvuelve el retrato.)

Y ésta, doña Inés Aldino.

DOÑA AURORA

(Quitándoselo.)

¡Mientes! Es de mi madre ese retrato.

DON RODRIGO

(Tendiéndola los brazos.)

¡Hija mía!

DOÑA AURORA

(Rechazándole.)

¿Tu hija?..... Eso tan sólo
me faltaba. ¡Hija tuya! ¡Alucinarme
quieres con ese nombre! Mas el dolo
miserable comprendo: no lo intentes.
Tú no has podido la existencia darme;
mientes, viejo feroz; dime que mientes.
Tú, para que su muerte te perdone,
me llamas hija tuya, mas te engañas:
nada hay en mí que tu maldad abone;
para ti sólo hay odio en mis entrañas.

DON RODRIGO

(De rodillas.)

¡Hija mía!

DOÑA AURORA

¡Otra vez! No me lo digas,
no me lo expliques; comprender no quiero
que el ser infame que en tu seno abrigas
me pudo dar el ser; muerta primero.

DON RODRIGO

(Asiéndola del vestido.)

¡Calla, hija mía!

DOÑA AURORA

Suelta, no me sigas.

DON RODRIGO

¡Huyes de mí!

DOÑA AURORA

Por siempre.

DON RODRIGO

¿Me abandonas?

DOÑA AURORA

Como á mi madre tú.

DON RODRIGO

¿Nada en mi abono
te dice el corazón? Que me perdonas
dime.

DOÑA AURORA

Mi madre contra ti, ante el trono
de Dios, venganza pide.

DON RODRIGO

¡Horrendo encono!

DOÑA AURORA

Si eres mi padre tú, ¿por qué te extrañas
del infernal rencor que arde en mis venas?
La que tiene tu sangre en sus entrañas,
sólo puede tener sangre de hienas.
Suéltame, pues, de tu sangrienta mano.
Mi padre era Gabriel, y su asesino
y el de mi madre, tú.

DON RODRIGO

Pero el destino
te une hoy á mí.

DOÑA AURORA

(Desprendiéndose de él.)

Lo intentarás en vano;
muerta mejor que á tu existencia unida.
Reniego, huyo de ti; mi ser olvida
y el nombre de hija que tan mal empleas;
y ¡ojalá que infeliz como ellos seas,
y ojalá en mi lugar, fiero homicida,
de mi madre y Gabriel, junto á ti veas
la doble aparición toda tu vida!

(Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se va por
la puerta del fondo. Don César la sigue tristemente.)

